

ENCUENTRO DE REFLEXIÓN Y DEBATE

A LOS VEINTE AÑOS DE LA *CHRISTIFIDELES LAICI*

El día 28 de mayo, tuvo lugar en el Arzobispado de Madrid, organizado por la Delegación Diocesana de Apostolado, con motivo del día del Apostolado Seglar y la Acción Católica, un encuentro de reflexión y debate, en el que D. Gabriel Richi Alberti, profesor de Ecclesiológia de la Facultad de Teología San Dámaso, desarrolló una interesante y documentada ponencia, con motivo de la “Celebración XX aniversario *Christifideles Laici*”.

Comenzó haciendo un breve repaso a la evolución de la Teología del Laicado, distinguiendo varias fases. Una primera en torno a los años cuarenta y cincuenta en los que se dio el florecimiento de la Acción Católica y los Movimientos así como y adquirió una gran importancia la reflexión Teológica sobre el laicado. Una segunda fase, que busca una definición positiva del fiel laico y, en el Concilio Vaticano II, acuña el término “índole secular”. Y una tercera fase más compleja en la que se desarrolla una Teología del Laicado de signo contrapuesto: la teología de los ministerios: toda faceta de la vida cristiana se considera un ministerio; la teología del cristiano: el laico es el cristiano; y la Teología de la índole secular, en relación con su misión en el mundo. Esta evolución culminó en los trabajos del Sínodo que dio lugar a la exhortación apostólica *Christifideles Laici*, construida en torno a las categorías de Vocación y Misión.

El profesor Richi señaló que desde los años noventa hasta hoy el clima de la reflexión teológica sobre los laicos se ha adormecido y expuso que se pueden identificar algunos aspectos de la vida del laicado: el primero y fundamental es que la vida de la Iglesia ha superado las dificultades entre diócesis, parroquias, movimientos, Acción Católica.... Somos protagonistas de lo que Juan Pablo II dijo en la Vigilia de Pentecostés del Año del Espíritu Santo, de preparación al Jubileo del año 2000. Hablaba de la etapa de la madurez eclesial, que abre un camino a recorrer dando frutos maduros de comunión y de compromiso. El segundo aspecto, y ciñéndonos a occidente, habría que destacar la explosión en la vida pública de la laicidad que ha abierto el diálogo-debate de qué significa la presencia pública de la Iglesia en la sociedad, y la laicidad del Estado. En relación a este aspecto precisó que, previo a ese debate, es preciso responder a dos preguntas **¿Quién es la Iglesia?** y **¿quién es el laico?** La respuesta está en el punto 8 de la *Christifideles Laici*. “Sólo **dentro de la Iglesia como misterio de comunión se revela la “identidad” de los fieles laicos, su original dignidad. Y sólo dentro de esta dignidad se puede definir su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo**”.

La identidad del fiel laico en la Iglesia comunión es la idea central del Concilio Vaticano II, y se recoge en el punto 19 de la *Christifideles Laici*. La realidad de la Iglesia Comunión representa el designio divino, “se trata fundamentalmente de la comunión con Dios por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo”.

Claves sintéticas:

1. La Iglesia es comunión porque su origen está en la Eucaristía, por el don que hace el Padre en su Hijo Jesucristo. Su origen es gratuito, es don de Dios gratuito de sí mismo. El origen de la Iglesia no es algo del pasado. En la Eucaristía el don que hace el Padre de su Hijo Jesucristo, es algo permanente. Ahora está siendo generada la Iglesia por la Eucaristía como Comunión.

La Comunión nos precede y constituye. Cambia radicalmente el pensar que tenemos que construir la Comunión que saber que nos precede y que lo que tenemos que hacer es manifestarla.

2. Esta Comunión acontece en la historia como pueblo. La comunión personal pone en primer plano a la misión. La Comunión nos lanza a la Misión. Comunión y Misión se compenetran e implican.

La Comunión es fuente y fruto de la Misión. Esta idea está en el número 39 de la *Christifideles Laici* y detrás de las palabras de la primera carta de San Juan 1, 3-4: “lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo”.

Esta reflexión de la Iglesia como comunión que nace en la Eucaristía, que acontece en el pueblo cristiano se traduce en el binomio: Vocación y Misión.

El fiel recibe su identidad propia en el bautismo que lo enraíza en la Iglesia. El Bautismo le constituye como miembro del Pueblo de Dios enviándole al mundo como testigo.

¿Quién es el fiel laico? El número 15 de la *Christifideles Laici* llega a describir al fiel laico. “La condición eclesial de los fieles laicos se encuentra radicalmente definida por su novedad cristiana y caracterizada por su **índole secular**”.

El número 15 describe la “índole secular”, tomando las palabras del Concilio Vaticano II: “En realidad el Concilio describe la condición secular de los fieles laicos indicándola, primero, como el lugar en que les es dirigida la llamada de Dios: **«Allí son llamados por Dios»**.[Lumen Gentium 31] Se trata de un «lugar» que viene presentado en términos dinámicos: los fieles laicos «viven en el mundo, esto es, implicados en todas y cada una de las ocupaciones y trabajos del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, de la que su existencia se encuentra como entretejida».[Ib] Ellos son personas que viven la vida

normal en el mundo, estudian, trabajan, entablan relaciones de amistad, sociales, profesionales, culturales, etc. El Concilio considera su condición no como un dato exterior y ambiental, sino como una realidad **destinada a obtener en Jesucristo la plenitud de su significado** [cf San León Magno]. Es más, afirma que «el mismo Verbo encarnado quiso participar de la convivencia humana (...). Santificó los vínculos humanos, en primer lugar los familiares, donde tienen su origen las relaciones sociales, sometándose voluntariamente a las leyes de su patria. Quiso llevar la vida de un trabajador de su tiempo y de su región» [Gaudium et Spes 32].

De este modo, **el «mundo» se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos**, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre en Cristo”.

El mundo es pues el lugar donde el fiel cristiano está llamado a vivir y dar testimonio.

Benedicto XVI, señala que la categoría de testimonio no se puede reducir a coherencia entre lo que se dice o se hace. En el número 85 de la Exhortación Apostólica Sacramentum Caritatis, dice: “Se puede decir que el testimonio es el medio con el que la verdad del amor de Dios llega al hombre en la historia, invitándolo a acoger libremente esta novedad radical. En el testimonio Dios, por así decir, se expone al riesgo de la libertad del hombre”. Por ello, no hay nada más absurdo para el cristiano que no exponerse. El cristiano ha de exponerse al riesgo de la libertad de los hombres.

En el número 15 de la *Christifideles Laici*, Juan Pablo II retoma la expresión de Pablo VI: *dimensión secular, índole secular*. “Como decía Pablo VI, la Iglesia ‘tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su dimensión, que hunde su raíz en el misterio de Verbo encarnado, y se realiza de formas diversas en todos sus miembros’

La Iglesia vive en el mundo, aunque no es del mundo (cf Jn 17, 16), y es enviada a continuar la obra redentora de Jesucristo; la cual; ‘al mismo tiempo que mira de suyo a la salvación de los hombres, abarca también la restauración de todo el orden temporal’.

Ciertamente, todos los miembros de la Iglesia son partícipes de su dimensión secular; pero lo son de **formas diversas**. En particular, la participación de los **fieles laicos** tiene una modalidad propia de actuación y de función, que, según el concilio, ‘es propia y peculiar’ de ellos. Tal modalidad se designa con la expresión ‘índoles secular’”

El Papa enseña que la referencia al mundo es propia de toda la Iglesia y cada uno la vive de una manera propia; porque la identidad se refiere a Cristo y es ámbito de la misión.

La iglesia se puede comparar a una elipse con dos centros. El centro primario es Cristo (autocomunicación de Dios) el otro centro es el mundo.

Se puede decir que la Iglesia tiene una naturaleza excéntrica. ¿Qué es lo que emerge? La Misión. La Iglesia que vive en la historia en el aquí y en el ahora. No es una actividad sino que es el ser de la Iglesia.

La índole secular no puede ser pensada en laboratorio, sino que debe ser descrita según la vida concreta, según las circunstancias históricas. Se trata de un problema de teología práctica, de la reflexión sobre la experiencia de la Iglesia aquí ahora, significa hablar de la Iglesia y del fiel laico en la historia.

¿QUÉ RASGOS DESCRIBEN HOY AL FIEL LAICO EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA EN MADRID EN 2009?

La misión de la Iglesia tiene como objeto al pueblo cristiano, la comunión. No se puede prescindir de la reflexión sobre la Iglesia comunión; porque la misión de la Iglesia es la misión de un sujeto comunitario, aunque se produzca tensión por el hecho de expresar la misión como un sujeto comunitario.

La fe tiene que vivir y enriquecerse humana y existencialmente.

¿CÓMO DESCUBRIR LA ÍNDOLE SECULAR HOY AQUÍ?

Para vivir hoy la misión es preciso evitar dos peligros. El primero concebir la vida cristiana y la fe como algo individual, privado, sin incidencia pública. Una visión espiritualista en la que la fe se refugia en la cruz, en el escondimiento y considera que todo lo que salga de ahí es triunfalismo, perdiendo la naturaleza misionera y renunciando a exponerse en primera persona.

Esta visión abarca desde la caverna hasta el extremo de los que han perdido la fe. Se ampara en una concepción equivocada de las llamadas realidades temporales, considerando que, como las realidades temporales son autónomas, ya nos ocuparemos de organizar el mundo.

El riesgo opuesto es la tentación de convertir la fe en ideología de partido. Se abandona el cristianismo y se convierte en adalid del occidente cristiano. Se hace de la construcción social el objeto de la fe. Se trata de la reducción del cristianismo a una ideología.

Característica común de ambas tentaciones es la falta de incidencia de la comunidad cristiana como tal.

Una vez señalados los riesgos, el profesor Richi pasó a plantear la manera de asumir la dimensión secular desde un planteamiento positivo. Dijo: Asumir la dimensión secular consiste en hacer presente el encuentro con Cristo que acontece en la Iglesia como forma plena y cumplida de la existencia concreta.

Todos los misterios de la fe pasan por la vida concreta. La fe es concreción en la vida humana, es necesario jugarse la fe en la existencia cristiana de modo que ilumine toda la vida.

El cardenal Ratzinger en 1994, dijo que *“No existe la pura fe y la pura religión. Cuando la fe dice como ha de ser el hombre crea cultura.”*

Hoy es preciso que la fe, a través del testimonio, diga quién es el hombre, cuál es su existencia, cómo debe empezar a ser hombre.

El sujeto, la comunidad cristiana, cada uno según su carácter específico, debe asumir la dimensión secular. Los pastores desde su carácter específico, que es uno, como su misión es una; los laicos con su carácter específico, que es uno, como su misión que es una; los religiosos...

Terminó con un ejemplo concreto.

¿Qué dice la historia hoy? Dentro de quince días se vota. ¿Y en esta circunstancia qué significa la misión de la iglesia?

Hay tres criterios:

El primero está recogido en los puntos 18 y 19 de la Encíclica de Benedicto XVI *Deus Caritas est*, que afirma que la Iglesia no puede y no debe asumir la batalla política en primer persona, sino que es tarea de los fieles laicos.

El segundo criterio es que esta tarea propia de los fieles laicos se debe emprender con los criterios de la fe y proponiéndolos como forma de lo humano, viviendo íntegramente su fe.

El tercer criterio tiene dos dimensiones: una expuesta por la Congregación para la Doctrina de la Fe, en la *“Nota Doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política”*, publicada en 2002, según la cual *“ningún fiel puede, sin embargo, apelar al principio del pluralismo y autonomía de los laicos en política, para favorecer soluciones que comprometan o menoscaben la salvaguardia de las exigencias éticas fundamentales para el bien común de la sociedad”*.

Afirmó: hay espacio para sensibilidades a condición de que favorezca soluciones que salvaguarden las condiciones éticas.

La segunda dimensión es que los católicos deberán ejercer en política la búsqueda del compromiso razonable.

En su libro *IGLESIA, ECUMENISMO, POLÍTICA*, el Cardenal Joseph Ratzinger señalaba que *“El primer servicio que presta la fe a la política es, pues, liberar al hombre de la irracionalidad de los mitos políticos, que constituyen el verdadero peligro de nuestro tiempo. Ser sobrios y realizar lo que es posible en vez de exigir con ardor lo imposible ha sido siempre cosa difícil, la voz de la razón nunca suena tan fuerte como el grito irracional. El grito que reclama grandes hazañas tiene la vibración del*

moralismo; limitarse a lo posible parece, en cambio, una renuncia a la pasión moral, tiene el aspecto del pragmatismo de los mezquinos. Sin embargo, la moral política consiste en resistir la seducción de la grandilocuencia con la que se juega con la humanidad, el hombre y sus posibilidades. No es moral el moralismo de la aventura que pretende realizar por si mismo lo que es de Dios. En cambio, sí es moral la lealtad que acepta las dimensiones del hombre y lleva a cabo, dentro de esta medida, las obras del hombre. No es en la ausencia de toda conciliación, sino en la misma conciliación donde está la moral de la actividad política”.

Terminada la exposición se abrió el debate en el que entre otros aspectos se manifestó por parte de los asistentes la preocupación de que, en la práctica, queda un largo camino que recorrer para que la teología del laicado, que ha alcanzado un nivel de reflexión señero, sea una realidad.

M^a Soledad Cosmen García
29 de mayo de 2009